

JOSÉ ANTONIO LEAL CANALES

EL
TESTIMONIO
DEL BECARIO

XIII PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE BADAJOZ

algaida



Un jurado compuesto por Miguel Ángel Matellanes, Luis Alberto de Cuenca, Fernando Marías, Manuel Pecellín Lancharro, Marta Rivera de la Cruz, José Luis Muñoz, Carmen Fernández-Daza Álvarez y Juan Eslava Galán concedió a la novela *El testimonio del becario*, de José Antonio Leal Canales, el XIII Premio «Ciudad de Badajoz» de Novela, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



Ayuntamiento de Badajoz

Primera edición: marzo, 2010

© José Antonio Leal Canales, 2010

© Algaida Editores, 2010

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-363-7

Depósito legal: M-6.901-2010

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

1	11
2	21
3	29
4	45
5	65
6	77
7	97
8	121
9	137
10	161
11	181
12	189
13	211
14	223
15	245
16	257
17	273
18	285
19	297
20	303
21	325
AGRADECIMIENTOS.....	335

*¡Qué difícil resulta analizar estas relaciones
que se ocultan bajo la piel de nuestras
acciones!*

LAWRENCE DURRELL.

*En todo caso, había un solo túnel, oscuro
y solitario: el mío.*

ERNESTO SÁBATO.

HACE YA ALGÚN TIEMPO FUI ACUSADO DE HABER matado a una mujer. De nada sirvió que me declarara inocente. Cumplo esta injusta condena en el módulo 34 de la cárcel de Parada, mientras mantengo la esperanza, acaso quimérica, de que mi caso se reabra alguna vez. Por eso debo tratar de explicarme. El objetivo de escribir esta novela es contar lo que verdaderamente ocurrió, y por qué fui acusado de dar muerte a Patricia Rodas. Durante el juicio apenas tuve la oportunidad de hablar. Mis respuestas fueron breves, como me aconsejó mi abogado, y siempre dirigidas a contestar las preguntas formuladas por el fiscal. Entonces hubiera deseado tener el tiempo necesario para defenderme, contando los hechos detalladamente. Pero ya sabemos que la justicia tiene sus propias reglas, y que estas son inexorables.

Ahora lo único que tengo es tiempo. Vivo encerrado en una celda de apenas nueve metros cuadrados. En el caso de que esto pueda considerarse *vivir*. Muchas veces me pregunto si merecerá la pena seguir así durante treinta

años, y si no sería más conveniente el suicidio. Lo pienso sobre todo por las noches, cuando el funcionario cierra la puerta de la celda y escucho el golpe del cerrojo al otro lado. Enseguida empiezan a oírse los gritos de otros presos, a pesar de las advertencias de los carceleros, al otro lado de la galería. Las amenazas son frecuentes, y no pocas las violaciones. Tengo miedo. Cualquiera sabe lo que le pasa en la cárcel a los violadores. Y yo he sido acusado de matar a una mujer, después de haberla violado.

Si escribo ahora es para decir la verdad que no me dejaron decir antes, la que no quiso escuchar el juez, que también desoyó las palabras que en mi defensa trató de exponer, con evidente impericia, mi abogado.

Mi compañero de celda se llama Esteban Pozuelo, pero todo el mundo le conoce como el Capitán. Supongo que lo llaman así porque siempre cuenta que trabajó en un barco. Mató a su mujer porque le puso los cuernos. Al menos, eso es lo que él dice. No estoy en un lugar donde las palabras puedan considerarse fiables. Llegó a casa una tarde por sorpresa, tras salir de la cárcel. Lleva así toda la vida, entrando y saliendo de la cárcel como de su casa. Entonces lo habían encerrado por «un asuntillo con un colega», como él dice, dejando entender por los gestos que el asunto debió de resolverse con sangre. Un día me contó lo de su esposa. De haber estado yo en otras circunstancias, podría haberle preguntado, cuando me lo contó, por qué fue necesario que la matara. Bastaba con que la hubiera dejado. Hay muchas mujeres huérfanas de corazón, solas en el mundo. Pero no era yo precisamente el más indicado para preguntárselo.

A veces siento miedo. Encima de mí, en la litera de arriba, duerme un asesino que no tuvo ningún escrúpulo para servirse un whisky mientras Luci, que así se llamaba su mujer, la noche en que fue sorprendida en la cama con el amigo, le contaba muy nerviosa, sin poder saber cuál sería su reacción, lo que había sucedido, y le imploraba el perdón.

Pero volvamos al principio. Hace apenas un año yo era un humilde profesor de instituto que trabajaba en una pequeña y abúlica ciudad de provincias. Un lugar amarrado al recuerdo de los ilustres paisanos que conquistaron América, representados en estatuas ecuestres por plazas y avenidas. Una ciudad perezosa que nunca abría sus comercios y establecimientos públicos antes de las diez de la mañana, y que aún conservaba en las calles del centro algunas tiendas decimonónicas, con mostradores de madera y escaparates anticuados. Cada mañana me dirigía a un edificio sombrío, construido sobre la ladera de la montaña, ya en las afueras de la ciudad, cuya fachada miraba de soslayo hacia la mole prepotente del castillo. No me relacionaba mucho con mis colegas, sobre todo con los que vivían desde hacía tiempo en la ciudad, y a la caída de la tarde solían reunirse en uno de los bares de la plaza de España, bajo los soportales. Yo debía de ser para ellos un profesor raro.

Estuve en aquella ciudad dos años, y durante ese tiempo maldije muchas veces la mala suerte de mi destino, pero también es cierto que ahora echo de menos esa pequeña ciudad estancada y levítica, y volvería sin dudarlo

un instante a las aulas de aquel instituto anodino, y a tomar café con los viejos maestros de aquel centro bajo los vetustos pórticos de la plaza de España, aunque tuviera que escuchar sus caducas teorías pedagógicas y asentir, como si estuviera convencido, ante la opinión de algunos artículos de la prensa conservadora que ellos siempre leían.

Ya habían terminado las vacaciones de verano y me disponía a iniciar un nuevo curso en el instituto. Eran los primeros días de septiembre y, como cada año, con la habitual pereza, tuve que volver a la costumbre de aquel centro público de secundaria, donde todo era viejo, deteriorado y oscuro.

Tras mi primera mañana en el centro, ya de vuelta a casa, recogí las cartas del buzón en el portal del viejo apartamento que tenía alquilado en el casco antiguo de la ciudad. Después de dos meses, se había llenado con las cartas de los bancos, donde se me enviaba con la puntualidad acostumbrada los justificantes de los recibos pagados para recordarme lo que cuesta vivir con cierta dignidad, y también con varios folletos publicitarios y revistas con las ofertas de los nuevos centros comerciales. Ninguna respuesta, sin embargo, de una editorial que por fin me confirmara la publicación de la última novela que había enviado. Nada interesante, como siempre. Así que ni siquiera le di importancia a una carta que llevaba el membrete de la Consejería de Cultura. Pensé que sería, como otras veces, una invitación para un acto cultural, quizás la presentación de un libro, o una exposición de pintura o escultura, actos locales a los que sólo acudían diez o doce personas, la mayoría familiares o amigos de los interesados.

Deshice el equipaje, tiré a la papelera los folletos publicitarios y archivé los resguardos de los recibos de los bancos. Al final, leí la carta oficial sin entusiasmo. Tuve que leerla dos veces porque en un principio no me resultó fácil creer lo que ponía. Noté el aldabonazo de la emoción en el pecho. Yo había solicitado una de las becas para escritores que cada año convocaba el Gobierno Autónomo junto con la Universidad. Un chollo al que sólo tenían acceso, según me habían dicho los enterados, los escritores más cercanos al poder, que además fueran de reconocido prestigio y que se hubieran significado alguna vez en favor del partido. Yo no cumplía ninguno de aquellos requisitos. No tenía ninguna simpatía por los políticos del Gobierno Autónomo —como no la tenía en general por ningún político—, ni mucho menos pertenecía al partido que llevaba casi treinta años en el poder. Por otra parte, mi prestigio como escritor distaba mucho de estar reconocido; y en cuanto a haberme posicionado a favor del partido, más bien tendría que decir que lo había hecho al contrario, y de ello había dejado constancia en algún artículo de prensa, porque, acaso ingenuamente, seguía defendiendo la independencia de cualquier intelectual frente al poder.

Por eso, lo que decía aquella carta me extrañó en principio. Me habían concedido una de las dos becas anuales que tanta gente solicitaba, ahora que todo el mundo escribía, precisamente a mí, un escritor desconocido del que nadie podría recordar el último libro publicado.

Por entonces, empezaba a tener la sensación de no ser nadie, pero no sólo como escritor. A veces, en mis peo-

res momentos de pesimismo y autoestima había llegado a pensar, siendo capaz de arrastrar junto al desánimo el necesario humor, que algún día, cuando llegara ante las puertas automáticas de cristal de unos grandes almacenes o de un edificio público, ni siquiera se abrirían para mí, a pesar de que lo hicieran para todo el mundo.

Decidí llamar al teléfono que me indicaban en la misma carta con el fin de informarme, y una voz anónima de mujer me confirmó que era cierto, y que debería presentar la documentación solicitada cuanto antes, pues el plazo exigido en las bases estaba a punto de caducar.

El gesto de incredulidad que se dibujó en mi rostro al leer aquella estupenda notificación, de ninguna manera podría compararse con el que puso mi jefa de departamento de Lengua y Literatura. Ella era una mujer convencida de que en el mundo había tres o cuatro personas que merecían la pena. Y una de esas personas era ella misma. No le fue fácil admitir que un jovenzuelo superficial de ideas absurdas, como más de una vez me había catalogado ante otros compañeros, de repente se fuera a la universidad como profesor colaborador, con el objetivo de dar conferencias e impartir enseñanzas de escritura, siendo un escritor del que ella no tenía noticias.

—¿Y desde cuándo dices que eres escritor? —me preguntó en cuanto le comuniqué el contenido de la carta.

No consideré necesario contestar a aquella pregunta capciosa, ni mucho menos ofenderme por ello. Pensé en algún refrán, pero tampoco lo dije. Callé, en parte por sal-

var mi dignidad, pues una respuesta vehemente me habría derrotado ante sus argumentos, y en parte también porque, siendo sincero, no podía presumir de escritor, teniendo en cuenta que mis libros publicados no eran más que un par de novelas, más bien cortas, varios cuentos repartidos por diversas antologías y algunos premios literarios conseguidos en diferentes certámenes de escasa reputación. Algo que no valora nadie. Cualquiera sabe que para ser escritor hay que demostrar que tienes un público que te lee, una editorial que te publica todo lo que escribes y unas cifras que te respaldan en el banco.

Los demás compañeros no dijeron nada sobre el asunto. Se limitaron a seguir el orden del día en la reunión del departamento, sin hacer comentarios. Sólo manifestaron su preocupación porque enviaran cuanto antes a un sustituto para que no tuvieran que hacerse cargo de mis horas de clase. Respecto a lo que yo fuera a hacer en la universidad, les daba lo mismo. No mostraron el más mínimo interés.

En cambio, a la hora del café, más propicia para las confidencias que no constan en acta, oí decir a mi jefa de departamento que hoy día escribía cualquiera y que se lamentaba de que ella misma no tuviera tiempo para hacerlo. La noticia de mi marcha se fue diluyendo como los azucarillos en las tazas de café, pero en cambio se siguió hablando de la universidad. Fue entonces cuando escuché por primera vez los nombres de algunos profesores universitarios que no tardaría en conocer. Yo no había estudiado en la Facultad de Filosofía y Letras de Parada, pero algunos de mis compañeros más jóvenes, destinados allí provisional-

mente, no hacía mucho que habían abandonado aquellas aulas. Enseguida sacaron a colación el nombre del personaje que firmaba la carta en la que se me comunicaba la concesión de la beca de colaboración: don Augusto Ramallo, a quien todo el mundo universitario conocía como el Supremo, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, doctor en Filología, catedrático de Literatura del siglo XX, crítico literario y escritor, a quien se le reconocía un prestigio demasiado elevado para no ser más, a mi entender, que un simple profesor de una universidad de provincias. Fue la primera vez que oí hablar de Augusto Ramallo, el hombre ante el que tendría que presentarme en unos días.

Sin embargo, no fue aquella mañana la única en la que recibí información acerca del decano. No todos los compañeros que habían asistido a sus clases magistrales coincidían al definirlo. Tuve que escuchar diferentes versiones, muchas de ellas resumidas en nombres y adjetivos que no tenían desperdicio:

—Una eminencia.

—Un hijo de puta.

—Un mujeriego.

—Un arribista.

—El mejor crítico literario del momento.

—Un conferenciante espléndido, con una voz profunda que te hacía sentirte como en otro mundo.

—Un cacique, que se cree que la universidad es suya.

De alguna manera, el hecho de que el doctor Augusto Ramallo se creyera el dueño de la universidad de Para-

da, y más concretamente de la Facultad de Filosofía y Letras, donde ejercía de decano, se justificaba en parte porque él había sido el verdadero impulsor de la misma, el hombre que había edificado un lugar de cultura donde antes sólo había un desierto, dotando a la universidad de una magnífica biblioteca, y de cuyas aulas salían profesionales dignos, que unos años antes tenían que irse a estudiar fuera de la región. Era el concepto que al final se imponía sobre otras definiciones vejatorias, que, acaso, según los defensores del decano, podrían provenir de quienes habían tenido una mala experiencia en su asignatura de Crítica literaria, ya que siempre había tenido fama de profesor duro.

Pero no sólo me hablaron del profesor Augusto Rammallo en aquellos días previos a mi incorporación a la universidad. También me hablaron y me previnieron acerca del doctor Francisco Mesones, un hombre delgado y nervioso, catedrático de Teoría literaria, que había conseguido formar un bloque contrario a los intereses del Supremo, para impedir a toda costa que ganara las elecciones al rectorado, un puesto al que los dos aspiraban. La primera confrontación entre los dos profesores y, por tanto, entre los dos bloques opuestos, había estallado con el caso Rodas. Por primera vez una pretensión del decano había sido rechazada por un tribunal presidido por el doctor Mesones: la plaza que el decano pretendía para su protegida, una tal Patricia Rodas, le fue concedida a otro aspirante. Fue la primera vez que oí hablar de Patricia, sin saber que estaban hablando de ella, pues lo importante no era su nombre, sino su caso.

No sé por qué pensé entonces que una de las definiciones que había escuchado acerca del decano no sería infundada.

Debía prepararme, pues, para ir a trabajar a un lugar que se había vuelto insufrible en los últimos meses, y que algunos de mis compañeros fustigaban. Según decían, ninguno de ellos trabajaría en la universidad aunque se lo pidieran de rodillas, porque detrás de aquellas paredes se respiraba un aire demasiado denso y se vivía en permanente tensión.

Pero, a fin de cuentas, yo no tenía nada que perder. Por suerte o por desgracia, no conocía a nadie. La universidad de Parada era para mí algo completamente nuevo. Y en ese sentido era mejor, porque me presentaría libre de todo prejuicio, sin tener que tomar partido. Eso era, al menos, lo que pensaba cuando todavía permanecía en el instituto, a la espera de que la administración me confirmara la licencia que me permitiera incorporarme a mi nuevo destino, aunque sólo fuera por un año.